

« ¡Así sea! Un esclavo de tu Alteza, el primer ughier
 « de vianda, Mahmud, sale para anunciarte esta no-
 « ticia, y otro esclavo, el primer caballero de tus
 « cuerdas, Keyvan, te lleva las cabezas; ambos be-
 « sarán el polvo favorecido que levanten los pies del
 « caballo que montes. Tu esclavo : MUSTAFA. »

VII

Aquella victoria, demasiado completa quizás para un subordinado, excitó á la vez el orgullo y los celos de Mahomet II, que se detuvo algunos dias en Scutari, donde habia plantado ya sus tiendas en medio de las tropas reunidas de todos los puntos del imperio por su visir, el diestro y fiel Mahmud, y desde allí dirigió una carta imperiosa á Uzun-Hassan:

« El que hinchado de vanidad, le decia, no cono-
 « ce ya freno y se prevalece de los favores de la fortu-
 « na para cometer la injusticia, puede contar que se
 « halla al borde del abismo donde va á hundirse su
 « poder; su cabeza solo está llena de quimeras ins-
 « piradas por Satanás; ahuyéntalas y presta el oido

« á la razon, esa gran mediadora entre los hombres.
 « Nuestro imperio es el centro del islamismo; la san-
 « gre de los infieles es el aceite que ha alimentado en
 « todo tiempo la lámpara que le alumbra; si tú
 « vuelves contra nosotros, eres un enemigo de la
 « fe; yo he ensillado mi caballo y me he ceñido el
 « sable para exterminar á los infieles, Dios me eli-
 « gió para instrumento de su venganza. Mi brazo
 « bastará para borrar tu nombre de la superficie de
 « la tierra. No te digo mas. Bienaventurado el que
 « solo busca el bien. »

VIII

Mahomet II, marchando con ciento veinte mil hombres, despues de haber arrojado este desafio á Hassan, encontró á su hijo Mustafá en *Begbazari*. Mustafá se prosternó con tanta mas humildad cuanto mayor era la gloria que tenia que hacer olvidar. Besó la mano á su padre. Su hermano Bajazet, que gobernaba en Amasia, se unió á ellos en aquel alto, con cuarenta mil azabs de su gobierno, que corrieron á fortificar el ejército del sultan. Los tres prin-

cipes avanzaron juntos hasta el Eufrates, río que atraviesa, casi de una mar á otra, esa base del triángulo del Asia Menor. Uzun-Hassan que corrió para vengar la humillacion de sus armas al mando de su sobrino, esperaba á los ejércitos de Mahomet en una posicion selecta y fortificada. El primer encuentro, mal empeñado por la temeridad de Murad-Beg que mandaba la vanguardia de los turcos, precipitó á una porcion de bajás y de begs en un lazo tendido por Uzun-Hassan, que se lisonjeó de tener por prisioneros la flor del ejército otomano.

« No triunfas todavía , le respondió uno de aquellos prisioneros, hijo de Timur-Khan , gobernador del Peloponeso, mi amo tiene centenares de miles de hombres que valen mas que nosotros. »

Mahomet, consternado, tuvo un sueño que alentó su valor y el de su ejército. Soñó que en una lucha cuerpo á cuerpo contra Uzun-Hassan, le dió al rey de Persia un golpe tan terrible en el pecho, que saltó un pedazo de su corazón y cayó al suelo. Confiando en este augurio, marchó seis dias en busca de Uzun-Hassan, que se habia replegado en una posicion mas fuerte todavía en Terdjan. El ejército persa, escalonado en las gradas naturales de Otlukbeli, se hallaba mandado en el centro por Hassan y en las alas por sus dos hijos. Los dos hijos de Mahomet, Bajazet por

un lado y Mustafá por otro, mandaban tambien, bajo la direccion de su padre, los dos flancos de su ejército.

Mustafá se lanzó el primero á la cabeza de los akin-djis y de los azabs, y rompiendo con su choque las filas de los persas, mató con su propia mano á Seinel-Beg, Behadur, hijo del rey. Mahmud, aga ó general de los azabs, se apeó del caballo, cortó la cabeza á Seinel y se la llevó á Mahomet en nombre de su hijo.

Todo el ejército vió en aquella muerte la realizacion de la profecía del sueño, pues los hijos, en la lengua persa, se llaman un *pedazo del corazón de su padre*.

Bajazet, émulo de su hermano, penetró del mismo modo en los flancos del ejército persa que le tocaba escalar; Uzun-Hassan, descubierto y cercado, huyó llorando á su hijo y á su ejército. Treinta mil turcomanos envueltos por la caballería de Mahomet fueron degollados á sangre fria durante tres dias por los verdugos del ejército. Para dar abasto á esa carnicería sin entorpecer la persecucion de Uzun-Hassan, á cada parada degollaban algunos centenares. Los cadáveres de los emires, de los begs y de los generales de Uzun-Hassan marcaron el camino de los turcos. Cuando llegaron delante de Kara-Nissar, fortaleza de la baja Armenia, Mahmud el gran visir, aconsejó al sultan que la sitiara ántes de avanzar mas por una

comarca insegura; pero Mahomet II indignado, apostrofó injuriosamente á su visir echándole en cara su timidez con estas palabras :

« Mi venganza no necesita fortalezas, sino ejércitos. »

Kara-Nissar abrió voluntariamente sus puertas delante de Mahomet, quien dió allí la libertad á cuarenta mil esclavos de ambos sexos que el ejército arrastraba detrás de sí despues de su victoria, ya para rescatar la sangre de los prisioneros degollados, ya para conquistarse con aquella magnanimidad inusitada la popularidad entre los turcomanos de las fronteras que deseaba se coligaran con él contra la Persia. Sus cartas de victoria y la fuga de Uzun-Hassan hasta Schiraz en el corazon de la Persia, dieron á conocer á las cortes de Europa, de Egipto y de Asia el primer triunfo de los turcos sobre los persas.

El vencedor espantado con la perspectiva de los desiertos que sus tropas tenían que atravesar para alcanzar en Schiraz á Uzun-Hassan, se volvió lentamente á Constantinopla meditando otra venganza contra los venecianos y los caballeros de Rodas, cómplices aislados ya de Uzun-Hassan. Su hijo Mustafá, con el ejército de Caramania, recibió el encargo de concluir la obra de la pacificación de esas provincias; pero este jóven príncipe no disfrutó por mucho

tiempo de ese favor aparente de su padre; el sultan aconsejado, segun dicen, por el gran visir Mahmud, ó quizás siguiendo las inspiraciones de sus propios celos, le llamó prontamente á Constantinopla, y envió en su lugar para que gobernara la Caramania, á su tercer hijo Djem-Sultan que apénas tenia diez y ocho años, pero cuya precocidad en virtudes, talentos y valor le habian hecho el adorno de su corte y las delicias de los musulmanes. Djem, poeta y guerrero, habia escrito un poema novelesco dedicado á su padre. Apasionado por la lucha cuerpo á cuerpo cuyos ejercicios habia aprendido en Cilicia, esa patria de los lidiadores, Djem encontraba ligera la famosa maza de armas de Alaeddin, conservada en Koniah como una prueba de la fuerza superior de aquel Sanson de los seldjukiides. Los caramanios maravillados de su juventud, de su dulzura y su destreza en los combates, le apellidaron el primer lidiador del imperio, y se sometieron á su gobierno sin resistencia. En breve seguiremos por Oriente y Occidente el novelesco destino de ese jóven hijo de Mahomet II, el mas amable, el mas interesante y el ménos dichoso de su raza.

Su padre disponia ciegamente una tragedia doméstica, que debia determinar la que cortó los dias de aquel jóven.

Por respeto á la fama de sus príncipes y al nombre otomano, los dos historiadores turcos Seadeddin y Solakzadé, pasan en silencio ese drama interior cuyas circunstancias revelan casi unánimemente los historiadores griegos é italianos contemporáneos y testigos.

IX

Mustafá-Sultan, ese héroe de los campos contra los persas, acostumbrado á la independencia en su gobierno de Asia, sufría con mucha impaciencia en Constantinopla el ócio de la paz en presencia de los ojos severos de su padre y del gran visir. La popularidad de que disfrutaba con tantas hazañas entre el pueblo y entre los genizaros hacia que se espiara con mas rigor su conducta, sus palabras y hasta sus amores. El sultan, que no le queria como á Bajazet, el heredero natural del trono, temía para este favorito de su corazon, una competencia demasiado gloriosa en su segundo hijo. No le perdonaba ninguna de aquellas licencias ó desórdenes que tanto se perdonaba á sí mismo; todas las faltas eran á sus ojos otros

tantos crímenes. Una pasión fatal, consecuencia de una imprudencia de mujer, le suministró, por desgracia muy naturalmente, el motivo ó pretexto de tratar como un crimen de estado un atentado contra las costumbres de los otomanos.

Un día que Mustafá pasaba á caballo por delante del palacio de Ahmed-bajá, uno de los visires de su padre que combatía en aquel momento en la Armenia contra los enemigos del sultan, una jóven, esposa de aquel visir, salía del palacio de su marido cubierta con su velo. La mujer de Ahmed ya por deseo de ver al héroe de los otomanos, ya por vanidad de que él la viera, se alzó el velo. Su hermosura deslumbró y fascinó al hijo del sultan: el amor, que no es mas que un deseo encendido por una mirada en los pueblos donde las costumbres prohíben la vista y la conversacion de las mujeres, se apoderó de los sentidos y en breve del corazon de Mustafá, que leyó en los ojos de la esposa de Ahmed una admiracion hácia su persona que hizo mas viva la seducción. Sus ojos se comprendieron; los mensajes secretos que las mujeres y los eunucos corrompidos por el oro de los amantes transmiten hasta el interior de los harenes, acabaron de ponerlos de acuerdo, y Mustafá, informado del día y de la hora en que su ídolo debía ir al baño, apostó cerca del baño de las mujeres algunos servi-

dores de sus pasiones tan temerarios como él, los cuales arrancando á la esposa del visir medio desnuda de los brazos de sus esclavas, á pesar de los gritos de sus compañeras, la robaron del santuario del pudor femenino y la entregaron al amor de Mustafá en su palacio.

X

Un grito de horror y de execracion se elevó á la noticia de este atentado, que llegó por conducto de los visires á oídos de Mahomet II. Fuera por horror de tener que castigar semejante crimen sobre un hijo suyo, ó fuera porque se encontrase en la imposibilidad de perdonarle, abrigó su irresolucion en el silencio durante algunos dias. El escándalo, propalado ya, había sublevado la opinion pública. Ahmed-bajá llegó de Asia, halló su haren profanado, su esposa favorita robada á su amor, su honra y su religion ultrajadas, y arrojándose á los piés del sultan su amo, le preguntó con lágrimas en los ojos, si era aquella la recompensa que reservaba á sus visires por la sangre que sirviéndole derramaban.

« Serás vengado, le respondió Mahomet; lavaré tu vergüenza, aun cuando fuese en la sangre de mis propias venas. »

El sultan mandó comparecer á su hijo; le reconvinó por su crimen, le ordenó que devolviera su esposa al visir, y le amenazó con su ira; mas dicen que Mustafá, ya porque estuviera loco con su fatal pasion ó ya porque confiara en la adhesion de los genízaros, se obstinó en su crimen, y llevó la audacia hasta sacar su sable delante de su padre. Mahomet dejó salir á su hijo sin castigo; pareció vacilar aun durante tres dias, y por último en la tercera noche entraron en casa de Mustafá los tschauschs ó *chiaux* que le arrancaron en su haren de los brazos de su odalisca adúltera, le cortaron la cabeza como al último de los criminales, la expusieron un momento á las miradas del pueblo á la puerta del palacio de su padre, y le enterraron sin pompa en la tumba de sus antepasados. Fuera que el golpe hubiera precedido á la amenaza, fuera que los genízaros espantados del crimen mas reprobado por la religion, la ley y las costumbres, no se atreviesen á levantarse en favor de un príncipe contra el cual se indignaba la conciencia pública, lo cierto es que permanecieron inmóviles y aterrados ante el cadáver de su favorito.

El rumor de la ciudad satisfecha se cambió en una

siniestra admiracion por la inflexible justicia del sultan, que sacrificaba á su propio hijo al sostenimiento de las leyes sagradas del matrimonio, y Mahomet pareció un legislador estóico en un acto en que quizás no era mas que un soberano celoso, un padre parcial, un hombre desnaturalizado. Podia haber castigado sin matar; el destierro ó la cárcel habrian cortado igualmente el escándalo, pero el destierro ó la cárcel dejaban un ídolo á los genízaros, un competidor á Bajazet, y á él un rival de gloria. Aquel Felipe II de los otomanos no se fió mas que en los verdugos.

XI

No tardó mucho en suceder el horror público á la admiracion del pueblo por la imparcialidad feroz de su soberano. Mahomet II quiso que recayera todo sobre su visir, y atribuyó al prudente y desdichado Mahmud el exceso de severidad que habia mostrado contra su hijo; le acusó de haber manifestado una criminal indiferencia por la sangre de Othman, porque habia jugado al ajedrez el mismo dia de la muer-

te de Mustafá, y porque se habia mostrado en público vestido de blanco cuando habria debido ponerse de luto por aquel príncipe. Pero sus verdaderos crímenes eran los servicios demasiado grandes y prolongados que le debia su amo, su influencia sobre el pueblo, su reputacion de virtud, su independenciam en el consejo y su humanidad con los vencidos, sobre todo con los griegos y los albaneses.

Mahmud, nacido de un padre griego y de una madre albanesa, habia sido cristiano en su cuna, pero robado en su infancia y educado entre los pajes, se habia hecho musulman. Empero, aunque adherido exteriormente á la religion del profeta, habia conservado por su primer culto y por su raza natal un sentimiento filial que le hacia respetar en los infieles la sangre de que procedia. Su política moderada y reflexiva, neutralizaba demasiado, al decir de los fanáticos, los arranques y las crueldades de su amo. Hábiale arrancado el rey de Bosnia, los príncipes carmanios, y le habia impedido proseguir demasiado léjos su victoria en la Persia contra Uzun-Hassan. Mahomet queria conquistar siempre, y Mahmud aspiraba principalmente á consolidar las conquistas. Para esto favorecia á los sabios, á los poetas y á los artistas; reunia bibliotecas públicas, edificaba á sus espensas mezquitas que llevan su nombre en Cons-

tantinopla y en Sofía, construía baños, posadas y puentes en los principales caminos del imperio, sostenía correspondencias literarias que se han conservado como monumentos de sabiduría y de estilo persa con los poetas de Schiraz y Tebriz, componía también en lengua persa poemas que rivalizaban con los de Hafiz, y su casa era un santuario de los sabios y de los letrados, que se abría una vez por semana á todos los hombres doctos, escritores, filósofos, poetas turcos ó extranjeros que visitaban Constantinopla. En estas reuniones se sacaba una fuente de arroz, donde había pepitas de oro mezcladas con los granos de la comida favorita de los turcos, que enriquecían al acaso á los convidados á disfrutar de aquella liberalidad imparcial.

« Todo aquel, decia, que goza de los favores de la fortuna, debe tener siempre el oro en la boca para esparcirle. »

Tanta estimación pública, debida al mérito personal del gran visir mas que á los favores del sultan, ofuscaba á Mahomet II; el visir dejaba atrás al amo; este fué su primer crimen, y el segundo fué un dicho demasiado franco que pronunció delante de Mahomet.

« ¿ Porqué ha caido la Crimea en la decadencia en

« que la vemos? preguntó un dia Mahomet delante de él.

— « Es por culpa de sus visires, respondió un cortesano que asistía á la conferencia.

— « No, repuso Mahmud, es por culpa de sus sultanes que no han sabido elegir mejores visires. »

Mahomet vió en este dicho un desafío de reemplazarle á él en la administración del imperio. Aherrojado durante algunos dias en la cárcel de las Siete-Torres, Mahmud conoció la suerte que le esperaba, y se resignó á sufrirla como un filósofo superior á las vicisitudes del destino. Sin orgullo, pero sin flaqueza hizo su testamento delante de su amo.

« Llegué á la puerta del sultan, dice al final de ese testamento, con un caballo, un sable y algunos *aspros* (moneda menuda de los turcos) por toda fortuna; cuanto adquirí despues pertenece al sultan, de quien proviene lo que tengo; se lo entrego, y únicamente le suplico que conserve la vida á mi hijo Mohammed-Beg; me prometó que se dignará sostener mis fundaciones piadosas. »

Despues de haber orado, presentó con calma la garganta á los chiaux que le ahorcaron en la cárcel. El pueblo y el ejército le lloraron: su muerte inmerecida y santa le elevó á los ojos de los otomanos al nivel de los grandes hombres y aun de los mártires.

Por todo el imperio circuló una relacion de sus últimos momentos y de sus palabras supremas, redactada en turco y en persa por los letrados cuya amistad cultivó en su poderío, elocuente protesta contra la ingratitud y la tiranía de su asesino. Fué el segundo gran visir que Mahomet en sus veinte años de reinado elevaba al poder, y que castigaba con la muerte por haber sido demasiado digno de su empleo. Este fatal ejemplo se hizo demasiado á menudo una ley para sus descendientes. Kuduk-Ahmed-bajá, hombre sin fama, fué nombrado gran visir.

XII

El papa, los venecianos, los genoveses y los caballeros de Rodas, coligados como ya hemos visto con el schah de Persia, Uzun-Hassan, musulman como Mahomet, continuaron sosteniendo en la Cilicia, costa de la Caramania, enfrente de Rodas y de Chipre, la causa de los príncipes desposeidos de la Caramania, despues de la derrota de los persas. En vano se empleó para negociar la paz entre Venecia y el sultan, á la viuda de Amurat II, la princesa servia Mara,

madre política de Mahomet II; los caballeros de Rodas y el papa habian prevalecido sobre la política de Venecia. La princesa Mara se volvió á Tesalónica seguida de los honores y las magnificencias de Mahomet.

Una flota de ochenta galeras venecianas, diez galeras del papa, diez y siete de Nápoles, y catorce de los caballeros de Rodas, verdadera cruzada naval de todas las potencias marítimas del Adriático y del Mediterraneo, desembarcaba alternativamente en Satalia, en frente de Chipre y de Esmirna, cuerpos de tropas de diferentes naciones que rivalizaban con los turcomanos en pillaje, violaciones y asesinatos. Satalia y Esmirna, las dos ciudades mas opulentas de esa costa, sufrieron la suerte que Tesalónica habia sufrido despues del asalto de Mahomet.

« Los venecianos y sus aliados, los caballeros de
 « Rodas, escribe uno de los confederados cristianos,
 « testigo y actor de aquellos asesinatos, degollaron
 « en Esmirna á los hombres y derribaron las puer-
 « tas de las mezquitas que servian de asilo á las mu-
 « jeres y á las vírgenes contra sus pasiones brutales.
 « Su jefe, el almirante veneciano Mocénigo, léjos de
 « inspirar á sus tropas sentimientos de humanidad,
 « las provocaba al pillaje, al incendio, á la violacion.
 « Por cada cabeza de turco que le trajeran habia

« prometido un ducado de oro. Aquellos de quienes
 « pudieron apoderarse fueron vendidos en subasta;
 « los habitantes de la ciudad de Macri, la antigua *Tel-*
 « *missus*, á la vista de Rodas, en una ensenada forma-
 « da por los cabos del monte Tauro, y los de la isla
 « de Arsinoe, que forma uno de los golfos de esas
 « costas, fueron degollados y abrasados hasta en los
 « árboles y las viñas de sus huertas. Los feroces al-
 « baneses, enganchados por los confederados como
 « hombres de presa sin piedad, recibían tres duca-
 « dos por cabeza de esclavo macho ú hembra, de
 « modo que el tráfico de seres humanos, añade el
 « narrador, no era ménos lucrativo para los confe-
 « derados cristianos que para los sectarios del Pro-
 « feta. »

XIII

Estos insultos á las costas del Asia Menor, á sus ciudades y á sus islas, provocaban hasta el delirio la rabia y la venganza de Mahomet, cuyos pensamientos todos se hallaban fijos en Rodas, esa fortaleza de sus enemigos en el corazón de sus mares. Algunas esca-

ramuzas en la Croacia, en Carniola y en la Stiria contra las tropas de Federico III, emperador de Alemania, entretuvieron por corto tiempo sus designios contra aquella isla. En una incursión que hizo uno de sus begs contra las provincias del emperador, los otomanos penetraron hasta Laybach, y sorprendieron la ciudad mientras se celebraba en su catedral el servicio divino del domingo. De allí sacaron una columna de diez mil cautivos y cautivas, destrozaron á su vuelta todas las ciudades abiertas y quemaron Peterwardein en medio de la llanura de Hungría; horribles degüellos vengaron los de Esmirna y de Salalia. El intrépido general veneciano Loredano, se defendió en Scutari de Iliria hasta que no quedó en la ciudad piedra sobre piedra; ocho mil cadáveres de turcos y de venecianos rodaron durante un sangriento combate de ocho horas por ambos lados de la brecha.

« Comeos mi carne, » respondió Loredano á los restos de los habitantes que le pedían que capitulara por falta de víveres; « un soldado de Venecia, solo « muerto rinde el puesto que le ha confiado la repú-
 « blica.

Scutari quedó libre bajo sus ruinas.

El eunuco Soliman-bajá que mandaba el ejército otomano, recibió del sultan la orden de que llevara

las tropas á Moldavia para castigar á Estéban, príncipe de los moldavos, que se negaba á pagarle el tributo. Cien mil turcos siguieron al eunuco. Estéban se retiró al verles venir á los bosques de Agadj-Denisi, y los esperó á la cabeza de cincuenta mil aldeanos patriotas detrás del lago de Krakowiz. Tan intrépido como Huniade, el príncipe moldavo restableció tres veces, exponiéndose á la muerte, la batalla casi desesperada.

Los turcos empeñados temerariamente en unos pantanos donde los ginetes no podían hacer avanzar ni retroceder á sus caballos, perecieron todos por el hierro ó la derrota. Cuatro bajás, cien estandartes, millares de prisioneros, cincuenta mil cadáveres amontonados en colina sobre el llano, fueron los monumentos de aquella batalla. Los moldavos, tan feroces como Drakul, empalaron á sus prisioneros y dejaron sus huesos flotando sobre los palos á merced del viento de sus selvæs.

XIV

Estos desastres, reparados con prontitud por la población militar que los turcomanos asiáticos, los

búlgaros, los servios, los albaneses y los epirotas suministraban á los turcos, no desviaron al conquistador de sus planes sobre Rodas y el mar Negro, donde quería completar el imperio con la posesion de la Crimea, y con la expulsion de los genoveses de Caffa, su colonia comercial y militar en la Crimea. Para esto envió á su gran visir Ahmed con la flota, y en la audiencia de despedida del gran visir le regaló un caballo enjaezado con una silla de oro.

Caffa, entregada por un traidor, dió al gran visir cuarenta mil esclavos griegos que fueron enviados á Constantinopla para poblar la capital. Tres dias despues de la conquista, el gran visir convidó á un banquete al traidor genovés y á todos los armenios de Caffa, sus cómplices que le habian abierto la ciudad. El salon del festin no tenia otra salida que una escalera de caracol, cuyos escalones tenían que bajar uno á uno los convidados. Despues de la comida, Ahmed despidió separadamente á cada uno de los que habian tomado parte en ella, y al pié de la escalera tenia apostados verdugos que les cortaban á todos la cabeza. El genovés pasó el último, sin sospechar la suerte de sus cómplices. Ese fué el precio de la traicion y el rescate de la Crimea.

La Taurida, donde reinaban los príncipes tártaros de la casa de los Gherai, quedó de aquel modo tribu-

taria de los turcos, hasta el día no muy lejano de nosotros, en que los rusos destronaron á esos príncipes descendientes de Gengis-Khan, aliados, parientes y coreligionarios de los príncipes de la casa de Othman.

XV

De esta venganza nació una guerra para Mahomet II. Mil quinientos jóvenes genoveses trasportados á Constantinopla á bordo de la flota otomana é incorporados en los pages y en los genizaros, tramaron durante la navegacion una conspiracion contra los turcos, los desarmaron, se apoderaron de sus buques y se arrojaron sobre la playa de Europa, de donde se refugiaron en Hungría.

Mahomet, despues de haberlos reclamado en vano á los húngaros, marchó en persona á la Moldavia para castigar á la vez á los moldavos y á los húngaros. En la primera batalla de Moldavia, sus genizaros cesaron.

« Mira tus soldados que cejan como cobardes, dijo
« Mahomet al aga de los genizaros; los creia mas va-

« lerosos, necesitan un ejemplo y voy á mostrarte
« como se les guia. »

Y lanzó su caballo al galope en el corazon de la pelea, y combatió con sable en mano cubierto con su escudo hasta la victoria.

La princesa Beatriz de Nápoles, desposada con Matías Corvin, rey de los húngaros, cuya comitiva atravesaba en aquel momento la Dalmacia en direccion á Pesth, no pudo llegar á Hungría, sino á favor de un ejército entero que la protegía contra los turcos. Las poblaciones donde pasaba la noche eran incendiadas á la otra mañana detrás de ella por los akindjis, y las llamas de los bosques alumbraban su camino. Las mismas llamas devoraban la Albania, la Iliria, el territorio del golfo de Lepanto, los jardines de Udino y hasta las llanuras de Tagliamento, donde Mahomet esparcía el hierro y el fuego para castigar á los venecianos por su alianza con sus enemigos.

Durante estas excursiones, temiendo que Constantinopla sufriera la misma suerte que Satalia y Esmirna, levantaba con los restos de la antigua Bizancio las murallas de Constantinopla por el lado del mar. Todavía se ven las cañas de columnas de los viejos edificios incrustadas como los huesos petrificados de la antigua ciudad de Constantino, en las murallas de la ciudad de Mahomet.

Uzun-Hassan murió de dolor y de vergüenza en Schiraz en aquel mismo año (1478), después de haber intentado en vano reprimir las guerras civiles anticipadas con motivo de su sucesión entre sus seis hijos, y después de haber dado la muerte, como Mahomet, á su hijo primogénito bajo las flechas de sus arqueros, para evitar un parricidio.

XVI

El gran visir Keduc-Ahmed-bajá que había sucedido á Mahmud fué reemplazado aquel mismo año por un hombre de Estado, extranjero á las armas, pero ilustre en la ciencia administrativa, en la poesía y la política; era Mohammed-bajá Caramani, de la familia del célebre poeta Djelaleddin-Rumi, famoso por sus escritos en tiempo del primer Bajazet.

Mahomet II, descontento con la lentitud que mostraban sus visires y sus generales en la pacificación ó la conquista del litoral del Adriático, marchó á la cabeza de sesenta mil azabs y de cuarenta mil genízaros sobre Scutari de Iliria para dar el último golpe á Venecia.

« ¡Qué buen nido se ha escogido allí el águila para defender á sus pequeñuelos! » exclamó distinguiendo á lo lejos las rocas, las murallas y las torres de Scutari.

Su artillería colosal desmanteló la ciudad con balas de mármol de doce quintales de peso. Globos de lana con azufre que se encendían al caer sobre los tejados, incendiaban las casas y envenenaban las cisternas; una fundición de cañones enormes y fábricas de pólvora ambulantes, fundían y cargaban las piezas sobre el mismo sitio en que los turcos armaban nuevas baterías. Dos mil setecientas balas de once á quince quintales destrozaron la ciudad durante treinta y cuatro días de sitio; un día después, Mahomet colocado sobre la montaña de los bajás al abrigo de una tienda color de escarlata visible para todos sus soldados, ordenó el asalto. En vano ciento cincuenta mil otomanos escalaron las brechas, pues fueron precipitados de ellas por los héroes de Venecia y de la Albania. Doce mil turcos cegaron los fosos con sus cadáveres.

En el segundo asalto mandó que apuntaran á un tiempo todos sus cañones contra la puerta principal de la ciudad, resuelto á exterminar á los defensores de Scutari sobre el cuerpo mismo de los genízaros que por él subían al asalto. Los genízaros destrozados

perecieron y se dispersaron con aquella lluvia de balas disparadas desde su campo.

Mahomet, obligado á mandar tocar la retirada para no aniquilar su propio ejército, renunció á la conquista de aquella roca, que no abrigaba mas que quinientos hombres y ciento cincuenta mujeres.

« ¿Porqué, exclamó, se ha pronunciado nunca delante de mí el nombre de Scutari, puesto que en él debia sepultarse mi gloria? »

El sitio convertido en bloqueo y confiado á Evrenos-Beg, dió por fin aquellos escombros al sultan por el tratado de paz de 1479 con Venecia. Ya no habia impedimento ninguno para llevar la expedicion contra Rodas.

XVII

La isla de Rodas, cuyo nombre fenicio significa la isla de las Serpientes, y cuyo nombre griego, que es posterior, significa la isla de las Rosas ó la Rosa de las islas, parece un promontorio avanzado del Asia, que las ruinas del monte Tauro prolongaron en el Mediterráneo y que la mar ha separado por un es-

trecho de diez millas para preservarla de las invasiones y de las tiranías de los bárbaros, dueños tan á menudo de aquel continente. Los griegos atribuyeron esta separacion de Rodas del continente al amor de Helios ó el sol hácia Rodas, hija ó flor de aquel jardin cercado por las olas. Los heliados que nacieron de aquellos amores, fundaron, segun la tradicion, las ciudades y las puertas de la costa vecina de la Cilicia. Largo tiempo libre y republicana, despues poseida por Artemisa, reina de Caria, célebre por el mausóleo que erigió á su esposo, visitada mas bien que conquistada por los persas y por Alejandro, su capital construida sobre una colina que mira de cerca los picos, las nieves y las ensenadas del monte Tauro, esos Alpes del Asia, era famosa por su clima, por sus puertas, por sus buques, por su comercio, y por su coloso de cien codos de altura, por entre cuyas piernas pasaban buques á velas desplegadas. En tiempo de los romanos era la escuela y el museo de la Grecia, la Atenas y la Florencia del Archipiélago. Los cuadros y las estátuas de los artistas de la Grecia formaban parte de su celebridad y sus riquezas. Habian añadido á su nombre el epiteto de monumental. Sus delicias despertaban el deseo de su posesion en los conquistadores; su pequenez la servia de garantía contra la conquista; su gobierno aristocrático se com-